

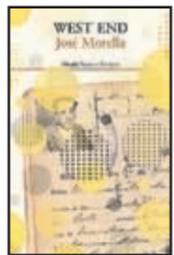
NARRATIVA

## Frankenstein en Ibiza

POR J. E. AYALA-DIP

Se publica una nueva novela del escritor ibicenco José Morella, *West End* (Premio Café Gijón, 2019). De este autor había leído y comentado en estas mismas páginas su anterior novela, *Como caminos en la niebla* (2016). Se trataba de la vida del psiquiatra anarquista alemán Otto Gross. Recuerdo que en aquel libro me atrajo (y me dio la clave tonal del libro) una cita que extraía Morella de una novela de Junot Díaz, que decía que del infierno no había manera de salvarse, que la única manera que había de salir de él era entrar. La nueva novela de José Morella trabaja en una línea parecida a aquella. Sólo que esta vez recurre a la autoficción para enfrentarse a un fantasma familiar.

En *West End* se investiga desde la experiencia personal una vida tan atormentada como casi secreta. Morella encuentra en la figura de su abuelo (un inmigrante andaluz que llega a Ibiza con 50 años y su familia a cuestras en los años sesenta) el paradigma de una enfermedad psíquica disimulada tras una empecinada melancolía y silencios. El narrador, que bucea en su propia vida y en la de su familia, necesita una explicación ante un dolor como compartido en secreto, el dolor y el sufrimiento que están ahí pero que nadie se atreve a preguntarse su porqué. De alguna manera, esta novela registra también una etapa de la era franquista. Una etapa de su forma de curar las enfermedades mentales. O las del alma, que también estaban ahí silenciadas. Sorprende que coincida este libro con la novela de



Almudena Grandes *La hija de Frankenstein*. En ambos se habla de algunos personajes siniestros de la psiquiatría durante el franquismo, como el ominoso Vallejo-Nájera.

*West End* (como se le llamaba a un barrio de Ibiza) es una novela redonda. Morella integra su afanosa búsqueda de respuestas (y también de preguntas, no sea que no se formulen con exactitud) con la descripción casi elegiaca de un dolor familiar. Termino de leer esta singular novela recordando a aquel personaje de Enrique Vila-Matas que un día quiere abrir una puerta y no sabe si hacerlo hacia afuera o hacia dentro. En este dilema estriba la belleza de este libro.

**West End**  
José Morella  
Siruela, 2020  
288 páginas. 19,95 euros



Judíos extranjeros en el campo de tránsito de Pithiviers, en 1941. GETTY IMAGES

NARRATIVA

## Un testigo sin recuerdos

Marcel Cohen rescata la memoria de su familia, deportada a Auschwitz al completo. Él se libró porque estaba jugando en el parque cuando los demás fueron detenidos

POR JAVIER APARICIO MAYDEU

El 14 de julio de 1943, Marcel Cohen tiene cinco años y juega con Anette en el parque Monceau de París. Ignora que en ese instante una redada policial se lleva a su familia como un golpe de viento desnuda a un árbol. Ellos se pierden para siempre en el fondo en negro de Auschwitz; Marcel los busca desde entonces y los recuerda en *La escena interior* desde la atalaya de la senectud. Estas son las memorias de un hombre que fuerza los recuerdos redentores que la barbarie le ha extirpado para tratar de construir su identidad mermada y de averiguar cómo fue el mundo al que su linaje le dice que pertenece. Restituye a sus padres, a quienes llama Marie y Jacques porque los reconoce pero no los conoce, y a sus abuelos y tíos, merced a cavilaciones en torno a epifánicos pormenores y a reveladores vestigios, a conjeturas, reminiscencias, un puñado de fotos, una huevera, un violín y una butaca de cuero raído, nebulosos recuerdos de manos sarmentosas sobre una amplia falda negra, de orina de hospital y de una estrella, objetos que perdieron hace décadas su contexto y son el atrezo de un drama contado por un niño octogenario que atiende por Marcel.

¿Pensó Cohen, a la hora de componer estas memorias, en Francis Ponge y en *Le parti pris des choses*, el libro en el que contempla el entorno describiéndolo con el fin de conocerse a sí mismo? Ponge, en cualquier caso, está de algún modo presente. Y asimismo *La croyance des voleurs* de Michel Chaillou por el narrador envuelto en brumas infantiles en busca de sus raíces familiares. Y Patrick Modiano y sus laberintos de la memoria que atraviesan calles y cafés de un París en blanco y negro se asoman enseguida a la memoria del lector, que no puede evitar pensar en las pesquisas obsesivas en busca de deportados a Auschwitz que

teje en *Dora Bruder* y en aquella Francia sórdida y ambigua de la Trilogía de la Ocupación. Las introspecciones de Cohen dejan entrever las de Michel Leiris en *Edad de hombre* y en la vasta tetralogía *La regla del juego*, sus experimentos con el lenguaje entendido como el mensajero de Mnemósine, del mismo modo en que junto a un ejemplar de *La escena interior* cabría colocar otro de *Los emigrados* de W. G. Sebald porque comparten una primorosa meditación sobre el veneno del desarraigo y la triaca de la memoria, y se empecinan en la recreación de vidas perdidas sirviéndose de recuerdos propios y ajenos y de objetos y fotografías que evocan, invocan y convocan. Marcel Cohen no es Marcel Proust, y parece haber querido emprender el viaje al fin de la noche oscura de su propia identidad ejercitando una memoria más afectada que afectiva, más notarial que impresionista.

*La escena interior*, esto es, la del alma del autor, no la de un inmueble francés, contiene “las memorias abrumadoras de un testigo sin recuerdos”, como ha querido describirlas Éric Vuillard, un retrato de familia en el que la nostalgia de lo que no se pudo vivir se abre paso entre la asepsia de una reconstrucción abnegada pero austera del pasado personal, revisado aquí con ternura y comedimiento, también un relato de aprendizaje *après la lettre* y un modélico ejemplo de escritura memorialística que agavilla indicios y recuerdos en cursiva para tratar de restaurar una familia arrebatándose la para siempre a la infamia, un estremecedor ejercicio de anamnesis, y por encima de todo un exquisito texto elegiaco que advierte de que, “para quienes recuerdan, la memoria no responde a una fraternidad póstuma”.

**La escena interior**  
Marcel Cohen  
Traducción de Javier Albiñana  
Tusquets, 2020. 167 páginas. 18 euros

NARRATIVA

## No teman a Joyce

POR BERNA GONZÁLEZ HARBOUR

La primera buena noticia es que Carol Oates ha escrito un libro de 220 páginas y eso, en alguien que va de millar en millar, es de agradecer para sus incondicionales. Pero eso es solo un factor. *Persecución*, esta mininovela en términos oatianos recién publicada por Gatopardo, reconfirma a la norteamericana como la maestra imbatible de la literatura de la violencia y la abrasión psicológica del suspense bien conducido. Joyce Carol Oates (Lockport, Nueva York, 1938) ha desbordado los géneros y se define a sí misma como una autora realista con toques góticos, surrealistas y de humor negro, pero su inclinación temática a los crímenes, a los abusos sexuales, al incesto, al retrato de asesinos y víctimas y a las brumas del *thriller* psicológico, en suma, la ha puesto especialmente en el lado de esta literatura de la violencia. Por la ansiedad y la tensión que destilan sus textos, por el retrato de la falsa moral, por el lirismo que aplica al horror, por la perturbación literaria del sueño americano y por la presencia habitual de asesinos, trastornados o villanos en sus obras, Oates suele ser la pintora de una América feroz. Lo hizo en *Blonde*, al decorar la vida y muerte de Marilyn Monroe de todos los sueños, necedades, estallidos de ilusiones y desilusiones que



Desfile tras la guerra del Golfo, en 1991. R. LEVINE (GETTY)

acompañaron a la gran artista en su contexto. Lo hizo en *Mamá*, en *Infiel*, en *La hija del sepulturero*, en *Qué fue de los Mulvaney*, en *Un libro de mártires americanos* o en cualquiera de las decenas de obras que ha ido produciendo a un ritmo insultante para el resto de los mortales.

Y ha vuelto a hacerlo en esta *Persecución*, la historia de una joven traumatizada en su niñez cuyas pesadillas inconexas apenas esbozan la tragedia que sufrió y que se le oculta a ella tanto como al lector. Oates excava —como siempre— poco a poco. Fija el foco en la chica para a partir de ahí cambiar el lugar, el tiempo y el dueño de la mirada de ese zum que a veces aleja y a veces acerca, que a veces torna borroso y a veces nítido, que a veces aclara y a veces emborriona, en un juego narrativo en el que es la diosa. El lector puede avanzar así en saltos pequeños, adelante y atrás, merodeando siempre en torno a esa chica frágil cuyo rastro a veces cree perder, pero sin soltarla nunca. Ella es la maestra de esa técnica.

Los recuerdos de Abby, la protagonista, son borrosos, pero ese mismo foco lo va a dirigir a ratos su marido, a ratos su padre, a ratos su madre hasta que entre todos compongan la foto completa. Y es así como quien se cree vagabunda, abandonada y quien recuerda esqueletos nos va a llevar a un infierno pesaroso, pero mucho más complejo, que solo nosotros y ella debemos descubrir.

Repite Oates el argumento de un soldado regresado de Irak (*Cartaghe*) y esta es una pega lógica en quien suele escribir dos libros al año, pero evitable. Más allá de la repetición, queda en *Persecución* el sabor de boca de quien rumia la felicidad y no puede alcanzarla por los lastres misteriosos que la encadenan al pasado, así como la dificultad de dejarse llevar por el placer, la convicción de no merecer el amor, de estar maldita, de quedarse atrapada en las brumas del pasado, en el delirio, la descomposición de la distancia entre realidad y recuerdo y la difícil construcción de la verdad para avanzar. Y, todo esto, no es poco.

**Persecución**  
Joyce Carol Oates  
Traducción de Patricia Antón  
Gatopardo, 2020. 220 páginas. 19,90 euros